

SILVIA ONS

LA HISTERIA DE HOY



PAIDÓS **PSI**

Silvia Ons

LA HISTERIA DE HOY

PAIDÓS Psi

Índice

Introducción.....	17
Capítulo 1. La histeria de ayer y la de hoy.....	25
El destino del síntoma histérico	35
Trauma	39
Capítulo 2. Adolescencia intempestiva.....	47
Desencadenamientos	58
Anorexia	62
Carácter anoréxico	67
Cortes en el cuerpo	70
Transexualidad	76
Capítulo 3. Bisexualidad: de las fantasías histéricas a su escenificación	79
Cuando el poliamor prohíbe al amor	83
Adicciones virtuales.....	85

La exploradora del sexo virtual.....	87
Desvergüenza digital.....	91
Capítulo 4. ¿Vivir la experiencia?	97
Existir maníaco.....	104
El <i>smartphone</i>	108
Capítulo 5. La homosexual femenina, maestra del amor	115
Amor y goce	119
Safo, la flecha de Eros y la mujer griega	127
Del amor cortés a Las Preciosas.....	137
Capítulo 6. Transmasculinización y transfeminización	143
Ser una chica trans	145
Histeria masculina.....	154
Superioridad del goce femenino.....	158
La anatomía y lo real.....	169
Capítulo 7. Lacan, Spinoza y el feminismo	175
La mujer y el ciego.....	179
El feminismo y Spinoza	180
Capítulo 8. Nietzsche y Lacan: la mujer y la verdad por ser no toda	187
La mujer y la verdad	190
Dogmatismo masculino	201

Capítulo 9. Semblante y simulacro	207
El psicoanálisis como objeción al triunfo nominalista	214
 Capítulo 10. Filosofía y psicoanálisis en pos de lo real (interlocución con Silvio Juan Maresca).....	 219
El giro kantiano	224
El arte.....	228
 Capítulo 11. El deber de ser felices como asesino de la felicidad.....	 241
Freud y Voltaire	243
 Capítulo 12. Palabras testimoniales. El feminismo que marcó mi infancia.....	 251
El feminismo que marcó mi infancia	253
La otredad que hay en cada mujer	258

Introducción

Muchos se preguntan dónde ha quedado la histeria descrita por Freud, visible hoy únicamente en casos muy aislados, periféricos, cuando en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX era el cuadro clínico por antonomasia. Desterrada del Manual de Trastornos mentales (DSM), confinada para algunos a la sociedad represiva donde nació, pertenecería así a un pasado superado en la actualidad por la liberación de las costumbres. Decir “histeria” sería también remitir a una palabra condenada por los discursos feministas que atribuyen tal nominación a un sexismo que debe ser deconstruido. La sanción recaería asimismo en la formulación del diagnóstico acusado de patologizar y juzgado como políticamente incorrecto, ya que las nominaciones aceptadas son las que conciernen al género. Abundan además los autodiagnósticos “salvajes”

que algunos encuentran en Internet y, así como en décadas pasadas muchos se denominaban “bipolares”, en la actualidad diversas figuras gustan de nombrarse “autistas”. Otro tanto ocurre con la mirada sobre los “trastornos” de la infancia, rápidamente juzgados como de espectro autista o déficit de atención e hiperactividad. Bajo estos nombres se pierde la particularidad acerca de lo que en verdad le ocurre a cada niño y a qué responde su padecer. El diagnóstico ha sido sustituido por etiquetas generalizadas, formas de nominalismo posmoderno, al que me referiré en este libro. Uno de los grandes peligros de esto es borrar la especificidad que comporta el diagnóstico al quedar “licuado” y vacío.

En definitiva, en tiempos líquidos, las estructuras clínicas parecen no salvarse de su impronta; atrás ha quedado la fina semiología psiquiátrica, y el mismo psicoanálisis corre riesgo de evaporación. Su “liquidación” es acorde con los ideales de la hipermodernidad, en los que se pierde el giro subversivo que introduce en la razón el gran descubrimiento freudiano.

En la consigna de “despatologizar” subyace un reclamo de igualdad de los sujetos, pero esa pretendida igualdad vela la profunda desigualdad de las clases sociales que se ahonda día a día: el “igualitarismo” es una consigna abstracta. “Despatologizar” tendría para muchos un sentido benévolo y humanitario que aludiría a una mayor aceptación acerca de lo que en el pasado era estimado como enfermo. Los síntomas que antaño interrogaban al sujeto, hoy se han tornado estilos de vida, maneras de ser. Cabe recordar que Lacan define el síntoma como aquello que

se pone en cruz ante la carretera,¹ como lo que no puede ser asimilado a su corriente, como lo que no deja de repetirse para obstaculizar el andar,² pero si es acogido en esa senda, si ya no es obstáculo en su camino sino elemento de su paisaje, si ya no interpela al amo, sino que va al unísono con su corriente, ¿pierde así lo más peculiar de su carácter?

Para el psicoanálisis, el diagnóstico no tiene un sentido segregativo ni es una mera etiqueta, ya que incluye lo que lo sobrepasa, es decir, la particularidad subjetiva que hace de cada ser un inclasificable. Si rastreamos el sentido de la palabra *pathos*, cuyo origen es griego, veremos que es inseparable de la existencia humana. En su *Retórica*,³ Aristóteles la considera un modo de persuasión diferente al *ethos* y al *logos*, porque atañe al despertar emociones en el receptor y se amalgama con pasión, sentimiento, afectación. En *El nacimiento de la tragedia*,⁴ Nietzsche demuestra que en la civilización griega preocrática había un equilibrio entre orden-razón-modera-

1. Lacan usa en varias oportunidades la metáfora de la carretera, tanto para ubicarla en relación con el Nombre del Padre, como para referirse, como en este caso, a la piedra en el andar, que es el síntoma.

2. “El sentido del síntoma es lo real, lo real en tanto se pone en cruz para impedir que las cosas anden, que anden en el sentido de dar cuenta de sí mismas de manera satisfactoria, satisfactoria al menos para el amo” (J. Lacan, “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1988, p. 86).

3. Aristóteles, *El arte de la retórica*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

4. F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Buenos Aires, Alianza, 2007.

ción y caos-locura-desenfreno. Estos elementos estaban felizmente fusionados en la Grecia Antigua y fueron desterrados por el logos socrático, criticado por el filósofo alemán.⁵ El psicoanálisis recoge muchos elementos de la filología clásica y ubica en un lugar soberano a la tragedia:

la tragedia está presente en el primer plano de nuestra experiencia, en tanto que psicoanalistas, tal como lo manifiestan las referencias que Freud –impulsado por la necesidad de los bienes ofrecidos por su contenido mítico– encontró en *Edipo*, pero asimismo en otras tragedias.⁶

La despatologización de nuestros tiempos niega lo singular del *pathos* que, para el psicoanálisis, como para el pensamiento antiguo, no tiene solo un sentido mórbido: es tanto sufrimiento como pasión, emoción, sentimiento, conmoción, goce. El *pathos*, como vemos, no atañe solo al diagnóstico sino a la vida misma.

Es de interés notar cómo algunos divulgadores actuales, de fuerte incidencia en la cultura, coadyuvan con sus ideas a la despatologización epocal. Por un lado, Judith Butler equipara la forclusión con los procesos performativos de censura social y las exclusiones sociales, raciales y

5. É. Marty, *El sexo de los modernos*, Buenos Aires, Manantial, 2021, p. 79.

6. J. Lacan, *La ética del psicoanálisis*, *El seminario*, 7, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 294.

de género.⁷ De esta manera llega a hacer equivalentes los traumas infligidos por la norma social a los resultantes de la forclusión psicótica. Así, el sujeto es excluido por una agencia discursiva que emana del poder; entonces, el loco y el sujeto minoritario procederían de los mismos circuitos: hospital psiquiátrico y prisión. Al definir la forclusión como una modalidad productiva del poder y no como un mecanismo que atañe al sujeto a su insondable decisión del ser, barre las estructuras clínicas, Butler termina estableciendo una equivalencia entre un hecho de estructura que es la forclusión y otro social ligado a la censura. Por su parte, el coreano Byung-Chul Han⁸ considera que la histeria es un cuadro que ya no tiene vigencia por pertenecer a la sociedad disciplinaria donde nació. No tiene en cuenta que el deseo insatisfecho que la caracteriza no se debe a las prohibiciones ni se funda en la interdicción, ya que ningún permiso sería capaz de eliminarlo. Baste aquí recordar que, para Freud, en la propia pulsión nunca se encuentra una satisfacción plena, y no porque ella esté proscripta por algún precepto: “Creo, por extraño que suene, habría que ocuparse de que haya algo en la naturaleza de la pulsión sexual misma desfavorable al logro de una satisfacción plena”.⁹

7. J. Butler, *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2010.

8. B.-Ch. Han, *La sociedad del cansancio*, Buenos Aires, Herder, 2021, p. 83.

9. S. Freud, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, t. XI, p. 182.

Vemos, entonces, que Han tergiversa los conceptos psicoanalíticos y niega sus fundamentos al rechazar al inconsciente, confinado a lo que él llama época de la “negatividad”, de la represión, de la prohibición y del deber, para oponerla a la Modernidad tardía de la “positividad”. Así, una de las nuevas resistencias al psicoanálisis parte de ensayistas muy conocidos que favorecen la despatologización.

La histeria de hoy tiene nuevas aristas, pero conserva ciertas características descriptas tanto por el creador del psicoanálisis como por Lacan. A partir de mi práctica como analista, describiré las distintas formas en las que esta se revela y la manera en la que puede ser sensible al discurso analítico. Los movimientos feministas, el auge de lo trans, la declinación del patriarcado, las nuevas tecnologías, las adicciones virtuales, el sexo liviano no son ajenos a esa presentación. Sabemos que fue Bauman¹⁰ quien acuñó el concepto de modernidad líquida, diferenciándola de la modernidad sólida. Así, la modernidad líquida es una categoría sociológica que permite definir la sociedad, las relaciones, el amor, la inconsistencia de las relaciones humanas en distintos ámbitos, las identificaciones cambiantes que es posible apreciar hoy, por ejemplo, en la fluidez de los géneros. Pero ya Marx lo había anunciado cuando señaló una de las principales características del capitalismo en su *Manifiesto*:

10. Z. Bauman, *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Todo lo estamental y estable se evapora, todo lo sagrado es profanado y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar su posición en la vida, sus relaciones mutuas, con ojos fríos.¹¹

Frente a tal volatilización, el síntoma clama por una existencia que se le resiste, hueso duro de roer, cual elemento sólido que el capitalismo no logra consumir. Hoy como ayer. Una de sus características es su carácter de fijeza, que contrasta con la fluidez de los tiempos líquidos. Freud describía síntomas nutridos en alegorías, lo que hizo que Lacan los nombrara como metáforas.¹² Desarrollaré en este libro cómo paulatinamente se perdió este carácter, para manifestar un aspecto rígido y aún más defensivo que en la época victoriana.

11. K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, en K. Marx, *Textos selectos y Manuscrito de París*, Madrid, Gredos, 2014, p. 319.

12. Si bien Lacan no redujo el síntoma a tal figura retórica. Véase F. Schejtman, *Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*, Buenos Aires, Grama, 2013.